



LAS
CHICAS
DEL
BARRIO



Tània Juste



TÀNIA JUSTE
LAS CHICAS DEL BARRIO

Traducción de Olga García Arrabal



© Tània Juste, 2024
Derechos de edición negociados a través de Asterisc Agents
© por la traducción: Olga García Arrabal, 2024

© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.



Primera edición: septiembre de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 11.792-2024
ISBN: 978-84-670-7443-7

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Black Print
Impreso en España - *Printed in Spain*



Los domingos, el tío Miguel iba a comer a casa. María preparaba algo rico y sonreía por dentro cada vez que su cuñado ponía por las nubes cualquier cosa que hubiese cocinado. «María —le decía—, ¡no he conocido cocinera mejor que tú!». Ella se quitaba importancia con un gesto de la mano, pero en el fondo disfrutaba con el reconocimiento, porque a Gregorio nunca se le ocurría pensar en el tiempo que ella dedicaba a esa tarea y en la rapidez con que la comida desaparecía del plato.

Era mediados de junio y desde hacía semanas el calor se había instalado con fuerza. A primera hora, abrían todas las ventanas y no las cerraban hasta que el silbido de la brisa vespertina las golpeaba. El comedor de la casa se quedaba temporalmente en desuso porque todas las comidas del día las hacían bajo la higuera de hojas generosas que había en el patio. Por una pared lateral trepaban los rosales, que tanto gustaban a María; unos rosales que Gregorio le había plantado y que cada temporada daban rosas grandes como puños.

Después de comer, las niñas habían pedido permiso para levantarse de la mesa y ahora correteaban por el patio como si fuesen todas tan pequeñas como Lola. Cuando creían que su madre no las estaba mirando, se acercaban al macizo de margaritas que crecía cerca de los rosales y arrancaban los pétalos de una pobre flor. Una de ellas hacía una pregunta y

entonces iban tirando con un «sí» o con un «no», hasta que se acababan los pétalos y ya habían obtenido la respuesta. Entonces, de repente se ponían a chillar y se reían juntas de sus secretos. María las vio hacerlo, pero no les dijo nada, aquel día no tenía ganas. Mientras hacía bolitas con unas migas de pan que habían quedado en el mantel, desvió la mirada más allá de sus hijas, hacia el fondo del patio, donde estaban el palomar y las cuatro gallinas.

—No lo veo claro —concluyó.

—Mujer, deja que te lo expliquemos antes de negarte —le pidió Gregorio, y a continuación miró fijamente a su hermano rogándole que le echara una mano.

Miguel comenzó a describirle las ventajas de trabajar en la España Industrial. Le dijo lo que María ya sabía: que era la fábrica más importante de Sants, que él llevaba trabajando allí más de una década y que Gregorio pronto cumpliría los siete años allí, y que no era raro que, llegado el caso, entrasen los hijos de los trabajadores.

—En la España trabajan familias enteras, María.

—Ya lo sé, pero Julia...

—Julia ya ha cumplido los catorce y tiene edad de entrar.

—Pero yo había imaginado otra cosa para ella, para mis hijas...

Su marido intervino.

—¿Acaso crees que con el trabajo que te da el sastre vais a tener suficiente? ¿No te das cuenta de que en la fábrica ganaría mucho más?

María asintió en silencio, sabía que su marido tenía razón, pero se resistía a pensar en su hija como en una de esas obreras de fábrica que veía ir y venir por el barrio con su cesta para el desayuno y siempre a toque de sirena. De hecho, se resistía a olvidar que ella provenía de una buena familia de Utiel y que, de no ser porque se había hecho mayor antes

de encontrar un buen heredero, jamás se habría casado con Gregorio, que fue su última opción. Un campesino con tierras, sí, pero campesino al fin y al cabo. Con el tiempo había llegado a quererlo, pero ella aún pensaba en esa vida que nunca tendrían ni ella ni sus hijas.

—¿Me estás escuchando, mujer?

María abandonó sus pensamientos.

—Lo que me preocupa es la mala fama que tienen las trabajadoras de la fábrica, los peligros a los que se exponen... Debo velar por la moralidad de las chicas.

—¡Dios bendito, mujer! ¿Y te crees que yo no?

Gregorio se echó las manos a la cabeza y Miguel lo miró arrugando el entrecejo, como queriendo decir «así no vamos a ninguna parte».

—A ver, María —intervino—, me parece que olvidas que tiene un padre y un tío que trabajan allí y velarán por ella en todo momento.

—Vosotros... ¡Bah! Vosotros sois hombres y trabajáis muy lejos de donde están las hiladoras y las tejedoras.

—Precisamente, mujer, los hombres en un lado y las mujeres en otro.

—Pero están los encargados... La de veces que habré oído hablar de ellos, de casos de... Virgen santa, no quiero ni pensarlo...

—María, por Dios, ¿crees que permitiría que le ocurriese algo a una hija mía?

—Tal vez no puedas evitarlo.

Las cosas no iban demasiado bien y los ánimos del matrimonio se iban crispando. Miguel alzó los brazos para pedir calma.

—Es verdad que las chicas que no tienen ningún familiar en la fábrica están más desprotegidas, no vamos a negarlo, ¿verdad, Gregorio? —Su hermano soltó un gruñido—. Pero

no es el caso de Julia. Ella iría siempre acompañada y, además, no trabajaría en Hilatura, sino que le hemos encontrado un buen puesto en la sección de Tejidos.

—¡Vaya, sí que os habéis apresurado! ¡Y sin decirme una palabra!

—Mujer, no te alteres, solamente hemos querido asegurarnos de contar con una buena opción antes de planteártelo —dijo Miguel con tono conciliador—. Mira, déjame que te lo explique: hay una buena mujer, Rosalía, que es tejedora de toda la vida, desde antes de que yo entré en la España. Es la viuda de un compañero muy querido que por desgracia falleció hace unos años. Necesita una ayudante y le ha pedido al encargado que le pongan a Julia, si a ti te parece bien.

María se dirigió a su marido.

—Es demasiado joven, esperemos un tiempo y ya veremos —dijo a modo de sentencia, pese a no sonar nada firme—. Le pediré al sastre que me dé más prendas para coser y entre las dos nos apañaremos. Cada vez cose más rápido y mejor.

Gregorio negó con la cabeza.

—Sabes que nunca ganará como en la España, ni tampoco disfrutará de las mismas condiciones.

Su cuñado volvió a doña Rosalía.

—Ya verás como será una segunda madre para ella...

—¡Madre ya tiene una y con eso le basta!

—No te enfades, que la chica va a estar bien.

María se estaba quedando sin argumentos y su marido aprovechó aquella grieta de incertidumbre. Se incorporó un poco y le habló despacio, armándose de una paciencia que no tenía.

—Escúchame, María: Julia tiene que entrar en la España. Es una gran oportunidad y el dinero que gane nos va a venir muy bien. No es que nos sobre precisamente, con tanta chi-

quillería. Irá y volverá de la fábrica conmigo, y no se puede decir que Miguel no le haya encontrado un buen sitio. Así que... ¿estamos?

Había perdido la batalla. Se revolvió en la silla y alzó la barbilla hacia las hojas de la higuera, que se agitaron con una ráfaga de aire caliente. Le llegó la risa de la pequeña Lola, seguida de la de las otras cuatro, y entonces vio a Julia acercándose despacio, quizá había intuido que estaban hablando de ella. La niña miraba al suelo y daba un saltito, como si esquivase alguna hormiga o lagartija, o como si bailase. María la contempló unos instantes. Su Julia, alta y espigada, tan guapa y al mismo tiempo tan poco presumida, recta, seria y responsable. Cuánto le gustaban aquellos últimos tiempos en que la muchacha ya había dejado el colegio y cada mañana la tenía cosiendo a su lado. Hablaban de cosas, compartían la responsabilidad de las más pequeñas y sobre todo le hacía mucha compañía. Qué pronto querían arrebatarla. Sin embargo, era injusto quejarse, había que ser realista, y la paga que cobraría en la fábrica sería de gran ayuda para la familia. El dinero de la venta de la parcela se había acabado hacía años, una buena parte se lo había llevado la casa donde vivían, y el resto, en el día a día en la ciudad. Julia se alisó la falda, que ella le había cosido y que había estrenado esa misma mañana para ir a misa.

—Sobre todo no te la ensucies, hija.

—Madre, no hace falta que me lo diga —respondió Julia con aquella expresión siempre seria en los ojos—. Sabe muy bien que yo me ocupo de no ensuciar-me.

La madre observó su pelo negro y abundante, que ella mantenía a raya recogidoselo en la nuca. Y de repente la vio como la muchacha que ya era. Los años habían pasado en un suspiro. Resopló y, a regañadientes, miró primero a los dos hombres, para después volver a ella.

—Siéntate, hija. Tenemos que hablarte.

Pilar se levantó al amanecer, mucho antes de que sus hermanas abandonasen sus plácidos sueños. A su lado dormía Julia, que ni se movió cuando ella apartó las sábanas y saltó de la cama con el primer rayo de luz. Descalza y de puntillas, se acercó al armario y con mucha delicadeza empezó a abrir la puerta, que chirriaba. «Algún día tendré un armario para mí sola —se prometió—, y unos vestidos que siempre estrenaré yo. Nunca tendré que levantarme tan temprano y escogeré tranquilamente los zapatos para cada ocasión». Soltó un bostezo y el armario la secundó con un chasquido porque, abismada en su mundo, había terminado de abrirlo despreocupadamente. Hizo una mueca y echó un vistazo a su hermana, que por suerte continuaba durmiendo. Con sigilo, introdujo medio cuerpo en el armario y palpó los zapatos que quería, los claritos de pulsera de los que estaba enamorada. «¡Es la fiesta mayor!», se dijo a sí misma, y se estremeció de placer. Eligió el vestido blanco con puntillas en el escote y ribete bordado en las mangas pensando en el baile que tendría lugar de noche, un vestido que defendería con uñas y dientes, en caso necesario, para que nadie se lo arrebataste. Porque con sus hermanas las cosas funcionaban así: la primera que llega, la primera que escoge. Era ley sagrada. «Para cuando las demás se levanten, yo ya tendré el conjunto preparado y el espejo para mí sola donde peinarme a

gusto». Los labios en forma de corazón, tan rojos que apenas le haría falta pintárselos cuando fuera mayor, dibujaron una amplia sonrisa que dejó al descubierto unos dientes un poco separados.

Los sonidos propios de todas las mañanas despertaron poco a poco en casa de los Molina: una hermana que no encontraba una blusa; correteos por el pasillo; la pequeña bajando la escalera y la madre diciéndole: «¡No corras, que te vas a caer!»; el padre aguardando abajo, mortificado por el cuello de la camisa y, por lo tanto, de mal humor. Finalmente, la familia al completo salió a la calle, y Pilar, persuadida de todas las miradas que atraería a lo largo del día, tomó a su hermana Julia del brazo y juntas encabezaron la comitiva hacia Santa María de Sants.

La calle de Sant Joaquim, la suya, no lucía ningún tipo de decoración especial, pero había algunas muy cercanas engalanadas con bonitas ramas de hojas, palmas y guirnalda de flores, por no hablar de la plaza Mayor y la plaza de la Iglesia, en las que se habían programado sardanas en los próximos días y bailes por la noche. Los días previos a la semana de San Bartolomé, Pilar y sus hermanas los habían vivido, como de costumbre, con la excitación propia de todos los niños y jóvenes de aquel antiguo pueblo convertido desde hacía años en barrio de Barcelona. Habían estado paseando más allá de la carretera y más allá de las vías del tren para ir a ver, con el tío Miguel, cómo engalanaban también las calles de más arriba. Pilar caminaba con la mente llena de las imágenes vistosas de los últimos días: celosías de madera convertidas en grandes pórticos de acceso a algunas calles; inmensos jarrones de flores, ramas, hojas y muchas guirnalda de papel que transformaban espacios cotidianos en auténticos sueños festivos. Se moría de ganas de ver la gran novedad: el encendido de bujías de luz eléctrica que, por

primera vez, iluminarían el baile de la primera noche de fiesta mayor. No pudo evitar pellizcarle el brazo a su hermana mayor.

—¡Jolines, Pilar, que me haces daño!

—Ay, chica, es que pones una cara... ¡Sonríe, que es fiesta mayor!

Julia meneó la cabeza y puso los ojos en blanco. Siempre disfrutaba de las fiestas de Sants, eran la mejor época del año para ellas, pero aquel mes de agosto tenía un nudo en el estómago que no conseguía deshacer. Aun así, hizo un esfuerzo por sonreír.

—¡Así me gusta, hermana! —exclamó Pilar.

La misa se les hizo larga, pero la amenizaron contemplando los centros florales que habían colocado en abundancia sobre el altar de la Virgen y también en el de san Bartolomé. De vuelta en casa, la madre no las dejó quedarse a charlar con los vecinos: «Ya habrá tiempo», les dijo, porque se les acumulaba el trabajo de acabar de preparar el gran festín. Habían sacrificado dos pollos, que había que asar despacio con las verduras cortadas. De postre habían comprado un roscón de hojaldre y en el centro de la mesa pondrían también la fuente de la fruta con unos melocotones jugosos que eran una delicia, uvas y peras muy dulces.

—Me voy al café —anunció Gregorio sin ninguna necesidad, porque María ya sabía que hasta la hora de sentarse a la mesa no le verían el pelo.

—Dile a Miguel que no se olvide de la botella de licor.

—Mujer, ¿acaso mi hermano se ha olvidado alguna vez de traer algo?

El hombre se fue mientras su esposa y sus hijas se dedicaban al succulento ágape de fiesta mayor.

A las tres de la tarde el sol aún estaba alto y el suelo de cemento del patio quemaba las plantas de los pies de las niñas, que correteaban persiguiéndose unas a otras. Mientras los hombres encendían el cigarrillo y dejaban escapar anillos de humo, María disfrutaba observándolas con la mirada algo ausente. Con la espalda apoyada en la silla y los brazos caídos, se dejaba acunar por la escasa brisa que corría, como el soldado después de la batalla.

—Madre, ¿a qué hora es la chocolatada de la calle Iberia?
—la interrumpió Ángeles.

María se rio porque, de todas sus hijas, ella era la más golosa.

—Pero ¡si no hace ni media hora que has acabado de comer, hija!

—Yo ni siquiera pienso probar el chocolate —intervino Pilar.

—¿Y eso por qué? —le preguntó. Y bromeando, añadió—: ¿Es que ya te crees demasiado mayor para sentarte a la mesa larga que montan?

—Tengo trece años, sí, pero no es por eso.

—¿Entonces?

Orgullosa, se alisó el vestido.

—No pienso correr el riesgo de manchármelo antes de que empiece el baile de esta noche —sentenció.

Julia echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Miradla! ¡Se cree que ya tiene edad de que alguien la saque a bailar!

Los hombres se rieron. A Pilar le irritaba que su hermana la incluyese en el saco de las pequeñas.

—Solo tienes un año más que yo, no te hagas la lista —le espetó con rabia—. Lo que pasa es que tienes envidia de que haya escogido el mejor vestido.

—Por mí, como si te lo quedas.

—Eso haré.

—¡Chicas, chicas! —protestó la madre—. Basta ya de monsergas.

—Es que no sé qué le pasa, madre, pero Julia no para de meterse conmigo. Tendré que defenderme, ¿no?

La madre no le prestó atención y le hizo un gesto a su marido para que le sirviese dos dedos más de licor.

A las cuatro y media de la tarde, Gregorio y Miguel se marcharon al velódromo, donde pensaban quedarse hasta última hora animando a los ciclistas de la carrera de las veinticuatro horas. Y mientras María recogía las últimas cosas, las pequeñas arrastraron a las mayores hasta la calle Iberia, donde encontraron ya montada la larguísima mesa para la chocolatada. Los más pequeños iban tomando asiento, y delante de cada uno los organizadores colocaban una taza que pronto humearía, llena del tan deseado líquido oscuro, denso y sabroso. Julia se ofreció a servir el chocolate mientras Pilar cumplía su promesa y, un poco apartada, ni siquiera probaba.

Y por fin llegó el momento del baile. Los habían invitado al palco de una familia vecina y, justo después de saludarse unos a otros, de retirar las sillas y colocarse en su sitio, de alabar los vestidos de cada muchacha y presentar a los familiares y amigos que habían acudido expresamente a Sants desde otros lugares, se dispusieron a escuchar a la orquesta.

—Es una banda con mucha reputación, ¿sabe, señora María? —le dijo Pepita de la calle Gayarre, una mujer que, como ella, cosía para el mismo sastre.

Y mientras los músicos afinaban los instrumentos con aquella melodía informe, Pilar, sentada en primera fila, paseó la mirada por toda la pista de baile. Apretó la mano de Julia, que estaba sentada a su lado. Ya no recordaba que se habían peleado y solo pensaba en dejarse llevar por la magia de uno de los momentos más esperados del año. Las guirnaldas res-

plandecían con las luces encendidas, y las pieles y los rostros de todos los jóvenes parecían de seda. Se quedó mirando a algunas chicas mayores que se movían con gracia y decisión al saberse observadas por los chicos del barrio, repeinados para la ocasión. Puede que sí le faltasen dos o tres años para destacar como ellas, pero todo llegaría, y de la noche a la mañana también a ella le regalarían las flores y tendría todos los bailes apalabrados. Sería selectiva, no se dejaría embaucar por cualquiera: sonreiría solamente a los más apuestos y, por supuesto, a los más elegantes. A pesar de lo que dijese Julia, ella ya se imaginaba la escena, y cuando los primeros compases de la orquesta hicieron salir a bailar a las primeras parejas, se vio a sí misma danzando por la pista como ellas, paseándose por su perímetro del brazo de alguien y percibiendo cómo todas las miradas de admiración, y también de celos, eran para ella.

Julia, a su lado, la contemplaba por el rabillo del ojo y la envidiaba, ¡desde luego que la envidiaba!, pero no por el vestido que llevaba, ni por los zapatos que siempre sorteaban, ni siquiera por lo guapa que estaba su hermana bajo la luz del entoldado, sino porque ella no tendría que ir a la fábrica aquel mes de septiembre, porque ella podría quedarse en casa cosiendo con su madre y todavía no se acabaría ese mundo. Julia sentía que la infancia se le escapaba entre los dedos sin poder evitarlo, no podía gritar ni llorar ni hacer de ello un drama. Lo único que podía hacer era tragarse la angustia que le oprimía la garganta y concentrarse en la fiesta, contagiarse de la alegría de sus hermanas y disfrutar tanto como pudiese de los días que le quedaban antes de que la felicidad se esfumase.